



"Noblemente apasionados"

En el sereno, a la par que enérgico manifiesto que ha dirigido—¡y ya era hora!—el Ateneo de Madrid a la opinión liberal—¿dónde está?—de este pobre país despotizado se habla del sistemático menosprecio de la justicia por parte de las autoridades represoras, más que gobernadoras, y policíacas más que políticas. Pero hay algo peor aún que ese sistemático atropello a la justicia, y es los argumentos—no podemos llamarles razones—con que se trata de disculparlos, ya que no de justificarlos. Nuestros desgobernantes estarían mejor si obraran callándose. Con ser tan deplorable su acción, es mucho más deplorable el verbo.

Ese nefasto y catastrófico ministro de la Guerra, para disculpar el desatino de perseguir judicialmente a los diarios que han publicado cartas de Abd-el-Krim, parece que ha dicho que en ningún otro país se habría tolerado tal cosa. Lo que arguye que, o él es tan ignorante que no sabe lo que se usa en otros países, o que nos cree tan ignorantes que no lo sabemos. Porque en todos los países del mundo civilizado se consiente eso. Y aun se agradece.

Suelen estar nuestros catastróficos conservadores muy desacertados cuando invocan el ejemplo de otros países, y no quieren enterarse de que España se está hoy convirtiendo en la fábula de las naciones por las cosas que aquí y sólo ya aquí, en el mundo que se supone civilizado, pasan. Hay que leer la Prensa extranjera.

En el número de ayer, 19, de "El Debate" leemos que "hay que poner sordina a los juicios noblemente apasionados que pueden entorpecer la acción gubernamental". Pero a cualquiera se le ocurre que lo que aquí hace más falta son pasiones nobles y que lo que nos pierde son, de un lado, la impasibilidad, y de otro, las pasiones innobles, o sea, bajamente interesadas. Y añade: "Hay que suspender las críticas precipitadas ante cualquier problema cuya solución no parezca tan inmediata y tan favorable como se quisiera y dar tiempo al Gobierno a explicar y justificar su actuación."

¡Santo Dios! Dar tiempo a que el Gobierno explique y justifique su actuación. ¡Pero si hasta ahora, si este Gobierno lo ha hecho mal, ha explicado y justificado aún peor sus malos actos! ¡Si lo peor de él son sus explicaciones y supuestas justificaciones! Como que por lo general se reducen a involucrase en el misterio y a apelar

—hasta sacrilegamente—al patriotismo para seguir con el régimen de clandestinidad, que es la esencia del despotismo. Pues todavía no ha explicado satisfactoriamente nada esencial, absolutamente nada. Su sistema se reduce a contestar sin responder. Es un Gobierno contestable; pero no responsable. Su presidente, ya que no jefe, el Sr. Maura, no ha abusado nunca tanto como ahora de sus característicos camelos. Su contestación—no respuesta—a lo del cántaro del marqués de Alhucemas, fué un modelo de camelancia.

"El Debate" habla luego del "ambiente de crédito moral y prestigio creciente que al Gobierno rodea, superior al que obtuvo ningún otro Gobierno de cuantos recordamos". De veras, ¿eh? Pues no lo habíamos notado, y eso que vivimos en España.

Pero no; ¡hablemos claro! Este Gobierno no goza de crédito moral alguno. Lo que hay es un miedo cerval al cambio, un pánico a cualquier otro que en su línea, y siguiendo el derrumbe del reino de España, pueda sucederle. Y lo que en rigor le sostiene es que cuando otras fuerzas políticas se aprestan a dificultarle el paso, oyen una voz agorera que les dice: "¡Eh, que viene el Coco!" Y por miedo al Coco le dejan franco el sendero.

El discurso—llamémosle así—del marqués de Alhucemas en el Senado es una pieza característica y simbólica, es un monumento y un documento de primera significación histórica. La misma típica impersonalidad de su autor le añade valía. En esa pieza terrible—de una terribilidad inconciente—se encierra el secreto de este derrumbe galopante. Nadie puede decir que en ese documento se perciba ni una chispa de pasión. Es algo impasible, pero como la muerte. Es un arcedido y arreciente epitafio sobre la tumba de la libertad política y civil.

Pero los demás, los que estamos, gracias a Dios, noblemente apasionados, no podemos confiar en las justificaciones de este Gobierno abroquelador de la irresponsabilidad. Queremos luz—los taquígrafos están de más—y recordamos lo que en el libro de la "Revelación" (cap. III, 15-16) se dice de los que no son ni fríos ni calientes sino tibios, y es que el Señor los vomitará de su boca.

Pero ahora se cerrarán las Cortes y podrá el Gobierno maniobrar clandestinamente. Y tapar grietas y mechinales.

